

conversación en la catedral

Sobre la base de una acción central —quizás mejor, de una no-acción central—, la conversación de dos hombres en una cantina, Vargas Llosa traza ahora la historia de varias gentes de distintos estratos sociales, dentro de un trozo de la historia de su país.

A partir de esta estructura, el autor de *La ciudad y los perros* —su mejor libro antes de éste, que ahora comentamos— mueve una serie de acciones colaterales que van formando un rompecabezas que él mismo se encarga de armar. La armazón de la novela, pues, es complicada, pero llevada a cabo con una maestría tal que ninguna línea narrativa queda suelta, terminando en ser, finalmente, una pieza compacta, completa, sin fisuras.

Esto, por cierto, es tanto más difícil cuando se trata de una novela de más de 700 páginas, cuya acción se encuentra complicadamente entrelazada. En ningún momento, ni siquiera mínimamente, se quiebra su secuencia narrativa.

Por otra parte, *Conversación en La Catedral* muestra una vez más la capacidad de Vargas Llosa para dar vitalidad y verosimilitud a sus personajes que, enmarcados en un tiempo histórico preciso y bien delimitado, se comportan dentro de una tesitura humanísima que, a la postre, es lo más importante.

La idea general de una especie de *acanallamiento colectivo* —manifestada en varias oportunidades por el propio Vargas Llosa— funciona y se expresa con claridad, especialmente a través de la pregunta reiterada de uno de los protagonistas respecto a en qué momento se corrompió.

A lo largo del libro, gentes que eran en cierto modo “independientes” van siendo absorbidas por el *status*. Esta situación se vuelve, paulatinamente, fatal, inexorable. Frente a ella, Vargas Llosa no adopta una actitud, no toma partido, sino que simplemente expone, cuenta, dice cómo fueron las cosas. La tesis del libro, entonces, surge y se manifiesta desde los hechos, desde una realidad que tiene su propio lenguaje.

De todas las líneas narrativas de *Conversación en La Catedral*, la más importante y significativa es la de Santiago, el muchacho clase media que comienza su vida con escarceos izquierdistas, para terminar sometido al sistema —aun sabiéndolo y doliéndose de ello—, en un diario para el cual escribe editoriales.

Ésta, pues, es la historia. El intento del libro, a nuestro entender, no es tan-

to una reconstrucción histórica sino la expresión de un estado de ánimo colectivo, de un *acanallamiento* general, como dice Vargas Llosa. Frente a él, no cabe más que una revisión de conciencia y un desnudamiento. Eso es lo que hace el autor de *Conversación en La Catedral*, con gran honradez y valentía.

Si algún antecedente inmediato pudiera haber, en América Latina, dentro de esta concepción narrativa, éste podría ser la trilogía *La advertencia*, *El aire y los recuerdos* y *Los poderes omnímodos* (editorial Losada, Buenos Aires), del ecuatoriano Alfredo Pareja, la misma que abarca 25 años de la historia del Ecuador, expresada a través de la problemática individual de sus personajes. La diferencia estribaría, a la postre, en que Vargas Llosa es más moderno y vital, mientras Pareja se mantiene dentro de cierto tradicionalismo —técnicamente hablando—, pero maneja más ideas.

Conversación en La Catedral es, en términos generales, un gran libro, lo mejor, hasta ahora, de Vargas Llosa. Creemos que en él desarrolla todas las virtudes mostradas en su primera novela, enseñando una mayor madurez técnica y conceptual. Lo primero, en cuanto utiliza los recursos técnicos con la

exactitud y precisión necesarias, sin excesos. Lo segundo porque su ambición es mayor y el mundo que mueve en su libro es más amplio, más totalizador. En otras palabras, Vargas Llosa se ha planteado en *Conversación en La Catedral*, una dificultad más complicada de sobrellevar, de la cual sale airoso, gracias, sin duda, a su solvencia técnica que, unida a su sensibilidad y capacidad de observación, dan como resultado uno de los escritores latinoamericanos más completos de nuestros días.

Tal vez una duda pueda quedarnos respecto al libro, y es ésta: ¿funcionarán, en un momento dado, su extensión —que a ratos se hace exagerada— con su localización ambiental e histórica? ¿Tendrá *Conversación en La Catedral* el interés suficiente como para sobrellevar su “largura”?

La respuesta es difícil, pues si bien la problemática del libro está situada en un tiempo y en un espacio muy definidos, los valores y situaciones con que juega Vargas Llosa se mueven a un nivel de categorías vitales. Así, la frustración política, la estratificación de los “partidos” de izquierda, las presiones del medio, el sometimiento al *status*, la inquietud y el posterior cansancio generacionales, etcétera, se presentan en *Conversación en La Catedral* como posibles aquí o en Londres, en París o en Buenos Aires. De lo particular, pues, de Lima, del Perú, Vargas Llosa apunta hacia lo universal. Ésa es la mayor virtud del libro: que siendo peruano —como *Cien años de soledad* es colombiano— sea, al mismo tiempo, de todas partes.

Mario Vargas Llosa, *Conversación en La Catedral*. Seix Barral, Barcelona 1969.

3

reivindicación del conde don julián

Leer *Reivindicación del Conde Don Julián*, de Juan Goytisolo, es enfrentarse a una auténtica *novela experimental*.

En efecto, Goytisolo hace una experimentación novelística sumamente interesante en su nuevo libro, mostrando, simultáneamente, una secuencia seria y constantemente innovadora, que viene desde el realismo directo y objetivo de *El circo* —Ediciones Destino, Áncora y Delfín, Barcelona, 1957—, hasta *Señas de identidad* y *Reivindicación del Conde Don Julián*.

La búsqueda de la identidad —como individuo y como ser nacional-universal— toma un nuevo giro en la última novela de Goytisolo. Así, lo que fue una búsqueda de ciertas señales tipificadoras e integradoras en *Señas de identidad*, íntimamente ligadas con la sensación y vivencia del exilio, en *Reivindicación*

del Conde Don Julián es una invitación a “traicionar” —expresándose en el lenguaje corriente— todas aquellas características estratificadoras y negativas en las que la identificación se confunde con un quedarse en el pasado, ya para siempre sin búsqueda y sin encuentro.

Goytisolo, pues, hace un llamado a “traicionar” lo “tradicionalmente español”, a impugnar lo que finalmente, a raíz del paso del tiempo, resulta una rémora y una negación vital. Y allí está, por eso, el “nuevo Conde Don Julián, fraguando sombrías traiciones”, porque sabe que “avivando, el muy cegato, el proceso natural de descomposición: olores densos, emanaciones agrias que voluntariamente aspiras con fervor catecúmeno, como en una severa y exigente iniciación órfica: fuera de los menguados beneficios de la arrabalera, penin-

sular sociedad de consumo: de esa España que engorda, sí, pero que sigue muda”.

Traición, en Goytisolo, quiere decir impugnación. Lo que él no teme, en definitiva, es la terminología del *status* para el que *impugnar* es *traicionar*. Se enfrenta, entonces, al término y lo revitaliza, lo devuelve a sus detentadores con un nuevo significado. “La traición se realizará”, señala: “tú sierpe tenás aguarda el secular desquite: hálito de la austera Castilla, tierra de hombres adustos, graves y sosegados!: amores sencillos y castos, parejas vinculadas en procreación tediosa e insulsa!: la poda castratiz ha sido completa y tu furor desdeña los límites: el pasivo serrallo acogerá con júbilo el áspid, la robusta culebra suplantarán su concepto mísero y lechuguino: serpientes volantes escoltan la andadura de cuantos ciñen líbico turbante: las voces suenan ya: escúchalas: en el solar ingrato, verdugo de los libres, inteligencia y sexo florecerán”.

Esta larga cita —expuesta aquí por fundamental— nos indica sin eufemismos el planteamiento del libro, y es un ejemplo claro de lo que afirmábamos al principio de esta nota: don Julián ha vuelto a España, para “traicionar”, impugnar, los restos de un desastre que no debe continuar, que necesariamente debe terminar de morir.

En otra dimensión. *Reivindicación del Conde Don Julián* es una novela nueva, o no es una novela, o es lo que a Goytisolo le ha dado la gana que sea. Significa, ya en un plano formal y experimental, dos cosas a la vez: 1. Una narración profundamente subjetiva que quiere darnos, a nivel subconsciente e inconsciente, una imagen *sensorial* de la España que se debe “traicionar”; y 2. Una reivindicación del lenguaje que es, en sí, una traición salvadora.

Para el primer caso, Goytisolo es claro cuando dice: “indemne realidad que fúlgidamente perdura y, a través de los siglos, te dispensa sus señas redentoras en medio del caos: rescatándote del engañoso laberinto: de tu cotidiano periplo por dédalos de materia incierta, esponjosa: sin saber dónde está la verdad: en la impresión sensorial o la memoria del verso”.

Goytisolo, pues, quiere sentir y hacernos sentir a España, más que recordarla o hacerla recordar en la memoria del verso. Busca lo esencial y reclama, al mismo tiempo, nuevas vivencias, más allá de toda recordación que no salga del cuerpo y vuelva al cuerpo, como una circulación añeja y nueva, liberándose hacia el futuro.

En cuanto a la reivindicación del lenguaje, el escritor catalán lo castiga, lo fustiga, lo revitaliza. José María Castellet se quejaba de que “la literatura española está como petrificada en un lenguaje que no ha podido o no ha sabido renovarse, y de Latinoamérica nos

rainer maria rilke **al conde** **karl lanckoronsky**

“Ningún intelecto, ningún ardor, es redundante”:

para que uno sea por el otro más abundante
es para lo que somos, y algunos elegidos
para la más pura victoria de esa idea:
no hay señal que escape a su fija atención;
sus manos son diestras y sus armas incólumes.

Ningún sonido es demasiado suave para su oído
y pueden percibir el ángulo de deflexión
hacia el que la manecilla apenas se conturba
y deben, como si fuera con los párpados, musitar
una respuesta al revoloteo de la mariposa
y aprender a sondear lo que la flor infiere.

No más que otros pueden ellos ser extinguidos
y, sin embargo, deben (por algo fueron elegidos)
sentir el parentesco con la catástrofe
y mientras desolados los demás se lamentan,
recapturar en cada embate del asalto
el ritmo de una pétrea interioridad.

Deben estar inmóviles como el pastor
que a solas y llorando dirime su vigía
hasta que, aproximados, sentimos la agudez de su mirada
y, como para él es inteligible el habla de la estrella,
para ellos, también, es íntimo y es próximo
lo que en silenciosa procesión asciende por la noche.

Aunque dormidos, siguen siendo videntes;
del sueño y del ser, de la risa y el llanto,
un significado se forma, que si es aprehendido
y se postran en adoración ante la vida y la muerte,
otra medida más de todo el universo
nos es dada en esa rectangular genuflexión.

Ragaz, 10 de agosto de 1926

[Traducción de Salvador Elizondo]

llega —y hay que ir con cuidado en esto— una literatura de una gran riqueza lingüística”. Ahora, pensamos, podrá hablar en pasado, a partir de un Goytisolo que se inventa una sintaxis, hace nuevas declinaciones, cambios morfológicos y semánticos, enriquece su lenguaje, lo transforma, crea una nueva respiración idiomática, hace del español un cuerpo vivo, capaz de expresar cabalmente el significado de esa *traición-impugnación* que reclama en todos los

niveles, burlándose y colocando en su sitio a todas las retóricas.

Libro difícil, totalizador, casi sin anécdota, posiblemente su mayor duda sea un asunto de destino. Leerlo es heroico, una cuestión de especialistas. Lo cual no quita que sea grande y por lo mismo adelantado a su tiempo y de los lectores comunes.

Juan Goytisolo, *Reivindicación del Conde Don Julián*. Joaquín Mortiz, México, 1970.